

## LIBROS

Manuel Puig:  
el ejercicio  
de lo lúdico

La última novela de Manuel Puig (1) es una espléndida muestra de algo que la literatura hispana de los últimos tiempos casi ha relegado al olvido; me refiero al sentido lúdico de la escritura. Y al decir esto temo que alguien entienda que en *Pubis angelical* sólo hay un puro juego literario, un "divertimiento".

Me apresuro a desmentirlo: hay más. Y, a modo de anticipo, si se me permite la acumulación de esdrújulas, diré que hay un lúdico y crítico sentido lúdico. *Pubis angelical* presenta una estructura narrativa compleja a partir del contrapunto de dos historias paralelas. Una de ellas —digamos la "historia fantástica"— arranca en la Europa Central de los años 30, sigue en Hollywood en la misma época y se prolonga en los escenarios, futuros e hipotéticos, de *Urbis*, *Ciudad de Acuario* y *Hielos Eternos*, regidos todos por el Supremo Gobierno. La anécdota de esta historia participa —se construye— de elementos de decadente novela rosa, del clima de la ciencia-ficción y del "suspense" e intriga de las novelas de espionaje. También hay... ¿parapsicología?: la actriz/mujer "más bella del mundo" sueña a su continuadora en el futuro y ésta, a su vez, la sueña a ella. La otra historia —llamémosla la "historia de Anita"— se inscribe dentro de los postulados de la literatura realista. Centrada en una mujer —Anita—, está narrada exclusivamente a través de diálogos escuetos, casi pieza teatral sin acotaciones, y de un diario que escribe durante su convalecencia.

En la "historia de Anita" dos cosas destacan. Una: la maestría de Puig para reflejar el habla coloquial y cotidiana, y para el análisis de comportamientos. Otra: su capacidad para ofrecernos —sólo mediante los diálogos

(1) Manuel Puig: *Pubis angelical*. Seix Barral/Nueva Narrativa Hispánica. Barcelona, 1979. 270 páginas.



Manuel Puig.

que mantiene Anita y la rememoración de su pasado— una síntesis de la realidad político-social de la Argentina de los últimos años; concretamente, de la Argentina de Perón. En la otra —en la "fantástica"—, además de los elementos antes apuntados, están presentes un fino sentido del humor, reflejo de esa habilidad para la parodia que Puig ha demostrado en sus novelas anteriores, y el clímax cinematográfico, de planos y secuencias —también tan de Manuel Puig— que guardan las descripciones. Puig sigue, pues, fiel a las —entre otras— características identificatorias de su narrativa, sólo que aquí las lleva a extremos antes no sondeados. Pero, además, *Pubis angelical* puede considerarse como una parábola que se encierra a sí misma en su último sentido. Un círculo crítico. Veámoslo.

Las dos historias de la novela tienen puntos de contacto: protagonistas femeninos, amores insatisfechos, hijas perdidas o abandonadas, búsqueda del "príncipe azul", de ese "hombre superior con quien superarme"... Pero, sobre todo, hay otro nexo más sólido. Escribe Anita: "Porque el hombre aunque no amenace puede pegar, y es mucho más fuerte. Y una mujer no tiene más remedio que sentirle miedo, porque frente a frente no tiene ninguna chance de ganar". Ese nexo es la utilización que de la mujer hace el hombre, el sometimiento femenino. Así, por esta oposición hombre/mujer, dominante/dominado, la "historia fantástica"—juego de espejos que se miran—viene a ser prolongación o reflejo deformado de la "historia de Anita". Esta opresión se hace evidente —en la "historia fantástica"— cuando la ceremonia de

iniciación en el ejercicio del Mando, en la recepción en el Cenáculo del Poder, donde los niños elegidos —"Niños de hoy, hombres del mañana, machos del mundo, unos"— juran despreciar y rebajar a la hembra... ¿Novela antimachista, feminista?... Sí, pero... demasiado simple. Yo diría crítica de morales establecidas, reprobación de estructuras clasistas y hábitos mentales, condena de sistemas opresores que impiden y malean la comunicación, la relación humana. ■ SABAS MARTIN.

"El cura  
de Almuniaced"

Manuel Andújar prologa la aparición española de *El cura de Almuniaced* (Ediciones Turner, "La novela social española"), novela capital en la muy escasa producción de José Ramón Arana. Ningún introductor mejor para tal autor. Juntos vivieron la aventura del exilio mexicano y a Manuel Andújar le tocó sufrir, aquí ya, las inclemencias censoras que cayeron sobre el libro cuando el editor Aymá intentó publicarlo en 1971.

Zaragozano de 1906, Arana es un autodidacta. Vivió en Zaragoza y Barcelona y tuvo oficios diversos. Uno de ellos fundador en Can Girona, fábrica que daría nombre a la entrega primera de una serie inconclusa (Por el desván de los recuerdos). Hace la guerra con la República y en esos años cambiará su nombre origi-

José Ramón Arana.



nal de José Ruiz Borau (es pariente del realizador de *Furtivos*) por el que va a ser su nombre literario, antes nombre de guerra en el sentido literal de la expresión. Campo de concentración en Francia y luego exilio americano. En México vende libros: primero por las calles y después en tienda. La librería de Arana será centro de reunión de intelectuales españoles y en 1952 Simón Otaola publicará su historia. Con Manuel Andújar funda allí una revista —*Las Españas*—, donde se incorporan Anselmo Carretero, José Puche, Mariano Grandos y Eduardo Robles. Vuelve a España en 1972. En 1973 publica *Can Girona*, y muere en Zaragoza (1).

*El cura de Almuniaced* se editó, por vez primera, en México en 1950. Su exilio ha sido, pues, casi tan largo como el del autor. La espera ha merecido la pena. Es una hermosa y breve novela. Se la compara con *Réquiem* por un campesino español. Y tiene, sin duda, muchas coincidencias con la obra de Sender, ambientales y anecdóticas: el pueblo aragonés lugar de la acción, la pareja párroco-antiguo monaguillo, la guerra civil... Pero las relaciones mosén Jacinto-Fernán de El cura... no llegan al trágico desenlace que tendrán las de mosén Millán-Paco en *Réquiem*... Y es que mosén Jacinto y mosén Millán son muy diferentes. El primero es eso que se llama hombre de una pieza, capaz de plantar cara a los caciques del pueblo. Mosén Millán es hombre débil, que acabará por ser instrumento de ellos para la captura y fusilamiento de la persona a quien quería proteger. Mosén Jacinto morirá, por tiro de moro, al querer impedir un fusilamiento. Muere a manos de los que, por familia y posición social, consideraba suyos. También los otros, los anarquistas del pueblo, consideraban suyo al cura de Almuniaced.

Pero entre las dos Españas, mosén Jacinto elige la tercera. Dice a su antiguo monago, devenido ahora en centurión anarco: "Unos y otros estáis podridos de odio, y gane quien gane, fíjate bien lo que te digo, gane quien gane, España está perdida. Una nación puede resistir malos go-

(1) Sobre Arana y su obra, ver TRIUNFO, números 550 y 586, trabajos de Martín Vilumara e Isaac Montero.

## ADIOS A LAS LETRAS

## Juan Rulfo

**J**UAN RULFO deambula como un huérfano que tuviera a sus espaldas un millón de ancestros. La mirada es lejana, como ávida. Fuma constantemente, y no sólo fuma, sino que se halla tan unido al cigarro que luego lo persigue, lo pisotea, lo arroja contra el cenicero y lo aplasta con saña y con cariño, como si fuera un hermano expulsado. Sus piernas le obedecen desganadamente, y se desplaza sin entusiasmo por las estancias del hotel donde fue alojado. La imagen de Juan Rulfo es la de un hombre que camina con un secreto bajo el brazo, silencioso y humilde, como los más grandes.

Un día miró a su biblioteca, donde se reúnen los objetos intelectuales del lector más voraz de América. Recorrió los volúmenes, con el entusiasmo familiar de quien los sabe usados, viejos, olorosos a mano y a tabaco. "No está". No debe decirle demasiadas palabras, ni a la biblioteca ni a nadie, Juan Rulfo. No estaba el volumen que buscaba, la ficción que pudiera llenar aquellos ojos acuosos. Antiguos como preexistentes. "Así que tendré que escribirlo yo". Mentiría si dijera que de esa decisión nació "Pedro Páramo". Juan Rulfo puso a reposar la idea del libro y fue poniéndole a la mano las alas que precisaba para adiestrarse. Fueron así creciendo los relatos de "El llano en llamas". De vez en cuando se paraba las manos para que no le faltara a la cabeza la sangre que precisaba el concepto creciente de "Pedro Páramo", cuyo territorio se iba difuminando, llenando, cobrando matices, en los ejercicios de "El llano".

Finalmente, diez años más tarde, "Pedro Páramo" pudo nacer. Juan Rulfo lo escribió, con dolor, con sufrimiento, dice él hoy. Jamás volvió a leerlo. La repugnancia por la literatura propia cobra aires de gozo con la literatura ajena, y Juan Rulfo, trabajador infatigable del Instituto Indigenista de México, "aficionado a la literatura", sigue recordando las novelas nórdicas, las obras de Faulkner, las creaciones de Mariano Azuela ("No me ha influido demasiado, no") y los cuentos infantiles que halló en su casa de Jalisco, el único territorio criollo de México.

Y no hay que preguntarle qué escribe, o por qué no escribe. Tampoco hay que interrumpirle mientras narra su infancia, su vida, minuciosamente, como si la estuviera colocando con alfileres sobre



un gran mapa de estraza, se ríe sólo de vez en cuando, cuando hay algo ajeno que le causa un entusiasmo mitigado, como si pasara lo que se llama un ángel y él se riera de su sexo. Recuerda con gusto anécdotas que le han ocurrido mientras recorría México. En la parte de su país se encontró con un mestizo llamado Scott. "Debe ser usted norteamericano o inglés, seguro". "No, soy mexicano", repuso el mestizo. "Pero me llamo así porque mi padre tenía por nombre el de Emulsión Scott". Un personaje de una de sus obras se llama Juan Bicicleta, porque nació justo cuando aparecía por la calle donde se producía su nacimiento un vehículo de aquella clase.

Habla de los demás como si fuera él mismo en el espejo. Los destroza con habilidad y cariño, pero siempre habla bien de ellos, como si fueran los seres que dan forma a una vida por la que él tiene el apego de llevarla consigo. Gabriel García Márquez y Octavio Paz, dos nombres mentados ante su presencia, desatan su elogio. García Márquez es un maestro y Octavio Paz es otro. El se sienta en lo más hondo del escalofón, oteando el horizonte, como si estuviera en llamas. Ha pasado por Las Palmas de Gran Canaria con parsimonia, tocando las cosas sin llevarse nada. "¿Cómo estás, Rulfo?", le preguntan para acercarse. El rompe la monotonía de sus manos y las tiende. "Regular" dice, con la sonrisa que se reserva para aplaudir anécdotas ajenas. Deja la estela de quien no existió jamás, pero mantiene en el aire la habitación de millones de seres a los que contempla con la pasión atenuada de quien tampoco cree en la vida. ■ SILVESTRE CODAC.

biernos, revoluciones, pestes, derrotas militares, ¡todo!, pero ninguna ha resistido la descomposición del sentimiento nacional, el atomizamiento de ideas e intereses hasta un punto en que sólo se funden para la venganza y por el odio". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Hesse, íntimo

Hay autores cuya obra, después de gozar de gran popularidad, cae de repente en un anodino olvido, para resurgir, sin embargo, años después con renovado esplendor. El redescubrimiento del escritor se produce entonces sencillamente por el hecho de que su sensibilidad o sus preocupaciones enlazan con las de una nueva generación de lectores.

Algo así ha ocurrido, por ejemplo, con Albert Camus, del que se vuelve a hablar con interés en Francia, cuando parecía que ya nadie se acordaba del autor de La peste. Tal es también el caso del alemán, tempranamente nacionalizado suizo, Hermann Hesse, algunas de cuyas obras, Siddharta, El lobo estepario, El último verano de Klingsoor o El collar de abalorios, se convirtieron, casi cincuenta años después de escritas, en auténticos libros de cabecera para la llamada "generación de las flores". Naturalmente aquí, a España, la moda —porque no hay que excluir, en todo ello, un fuerte componente de moda en su sentido más chatamente consumista— llegó, como siempre ocurre, con estas cosas, algo más tarde. Y así, en los dos o tres últimos años, Hermann Hesse ha sido, sin duda, uno de los autores extranjeros más profusamente reeditados.

Ahora, Edhasa, que ha lanzado al mercado una interesante colección de clásicos contemporáneos, publica una antología de "textos póstumos en prosa" del autor de Narciso y Goldmund, compilados por Volker Michels. Se trata de pequeños artículos aparecidos en su mayor parte en diarios y revistas y que abarcan un largo trecho de la vida de Hesse. El primero, "Pequeñas alegrías", que da título al volumen (1), data de 1899 —el autor tenía entonces veintidós años y acababa de dar a conocer sus Romantische Lieder ("Canciones

(1) Traducción de María A. Gregor.